

Melanie Taylor: otra amable predicción que se confirma

Ariel Barría Alvarado

He sido un admirador de la prosa de Melanie Taylor (Panamá, 1972) desde el momento en que conocí su libro de cuentos *Tiempos acuáticos* (Cuadernos Marginales, UTP, 2000). Unas cuantas razones, todas de peso, avalan este criterio. Tres para ser más exactos.

La primera razón es el compromiso con sus oficios. Melanie es una consagrada profesional en el campo de la psicología, con una maestría en psicoterapia y, por añadidura, integrante de la Orquesta Sinfónica Nacional y docente. No solo como ejecutorias profesionales, cada una de estas menciones –artísticas, humanistas– resultan por sí mismas un galardón que nutre su perfil como escritora.

Pero retornemos al tema de su obra literaria (como si una cosa no llevara a la otra; como si la suma de lo que hacemos no nos dibujara la vida). La segunda razón es el respeto implícito por su trabajo literario, respeto que se nota cuando examinamos el revés de la urdimbre que a fin de cuentas hace un texto; esa superficie, por lo general áspera, pero esencial, en la que quedan marcadas las puntadas que, en el haz, nos exhiben la obra literaria terminada. Allí, el lector acucioso puede contemplar cuán delicadas son las puntadas de sus cuentos, cuánta consulta hay al detalle mínimo.

La tercera razón por la que admiro la prosa de Melanie es por su talento para poner en juego todas las artimañas de un género que, en su intención más primitiva, lo que desea siempre es cuentearnos, conducirnos por senderos falsamente precisos que desembocan en la vertiente menos esperada, replanteándonos las posibilidades de lo aparente como una vía para hacernos más suspicaces y más analíticos ante las estratagemas de nuestro entorno humano.

Escribo esto a unas horas apenas de haber leído su más reciente entrega, *Amables predicciones* (Testimonios Nacionales, UTP, 2005), en la que recoge quince cuentos y dos poemas. Los textos en prosa salen de otros libros de la autora, entre ellos del ya publicado *Tiempos acuáticos*, pero le añade otros inéditos, entre los

que sobresalen los del volumen "*Cuentos con la letra A*", que mereciera elogiosos comentarios del jurado que calificó a los participantes en el Concurso José María Sánchez del 2002, y que por tal razón recibió una mención de honor en el certamen.

Todo lo que dije antes con respecto a la obra de Melanie se aplica a sus nuevos cuentos, los que, además, aportan otras sorpresas. Incluso, su poesía (de una espontaneidad juguetona que disfraza un contenido cabal) nos depara satisfacciones inmediatas. Estas sorpresas son literales: uno puede decidir si sorprenderse ante el examen técnico (al que me refería con la alegoría del haz y el revés de la tela) o dejarse sorprender como lector por la bien tejida trama de estos relatos.

La colección, toda, es de una excelente calidad, pero en ella sobresalen piezas como "*Amantes*", por el acierto en la concatenación de planos aparentemente sueltos; "*Agnesia*" (título que sería una clave si lográsemos considerarlo a tiempo), cuya factura formal y de contenido es impecable; y el cuento que le da nombre al conjunto: "*Amables predicciones*", en el que le bastan a la autora un par de pincelazos para dibujarnos una Madame Dupré inquietante e inolvidable. Por supuesto, están los otros cuentos ya publicados antes, los que tuve en mente al iniciar el escrito, en particular "*Torrejitas de maíz*" y "*Léeme*", dos de mis preferidos.

Si bien existen libros que "se devoran", y otros "que nos transportan", como también los que "te cambian la vida", este de Melanie es de los que "se aplauden". Y de pie, para ser más justos.

Distíngase como panameño: lea a los autores nacionales.